





LOS HIJOS DEL REY



SILVIA STELLA VELÁSQUEZ LÓPEZ

LOS HIJOS DEL REY



Primera edición: julio 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Silvia Stella Velásquez López

ISBN: 978-84-17961-22-0

ISBN digital: 978-84-17961-23-7

Depósito legal: M-22981-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Stella mi madre y a Manuela mi nieta,
por su interés y compañía.
A mi familia por todo su aliento.
A quienes con sus desventuras y éxitos inspiraron la historia.
Al Doctor Carlos Darío Aguilar,
quien con su buen hacer profesional,
me permitió una mejor calidad vida.*



Dos lanzas de fuego han sido lanzadas a un específico lugar de la tierra, es una misión especial, difícil, constante, eterna en el tiempo y extensa en el espacio.

—Dos para un trabajo inabarcable...

—No empieces con tus quejas, nos considera capaces.

—Espera mucho de nosotros...

—No me siento bien, este lugar es desagradable...

—Y peligroso..., te lo concedo y vastísimo, como sus problemas...

—Curiosos por no decir, insólitos y ultrajantes...

Se mueven entre los jardines colgantes. Se ven incómodos.

—¡Tanta belleza! ¡Y en contraste, tanta maldad!

—Ya los ves, prefieren las relaciones con muchachos a...

—No querido amigo, no los veo, no lo puedo soportar pero sé que lo hacen...

—Y abundan las concubinas, a más mujeres más niños...

—Y a más hijos más hombría...

—¡Vamos!



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Año 493 a.C.

Ya la ha ubicado en el corral en un lugar limpio, seco, sombreado, con suficiente pasto y agua fresca. El caporal la revisa frecuentemente, espera que los mugidos anuncien el momento de parir que como suele suceder, pasa a las horas más altas y cerradas de la noche.

Llueve, hace demasiado frío, ha empezado a nevar pero a esos eventos está más que acostumbrado. Al momento de nacer le limpia las mucosidades, le masajea la trompa y la nariz con un trapo y después lo acerca a su madre, induciéndole a mamar.

El ternero tan pronto siente la ubre, mama con tanta fuerza que su madre brama confundiendo este sonido con el chillido de otro ser, ahí, en el mismo corral. El caporal se lleva tal susto que suelta el ternero. La oscuridad le ha impedido percatarse de lo que sucede en el otro extremo del corral. Con cautela se acerca al lugar de donde procedió el grito.

Quedados gemidos se pierden entre los pajonales. La respiración pesada de la mujer, se hace aún más pesada al percibir la presencia de una figura que se desliza despacio hacia ella.

—¿Quién está ahí? ¿Qué hace?

La sangre empapa la paja sobre la que dado a luz.

—¡Mujer! ¡Por los dioses! ¿Ha parido?

Ella, a punto de desfallecer, no encuentra cómo explicar al hombre una situación que no necesita ser explicada pero que debe ser explicada.

—¿Está sola? Claro, está sola... ¿Está bien? No, perdón, tampoco lo está..., espere voy por mi mujer.

La nieve cae lentamente sobre el techo de la casa. A través de la ventana puede ver caer los copos con perezosa exactitud. Las gotas que chorrean de los techos cercanos se hunden en su mente. El tibio calor del cuerpecito le reconforta y le hace comprender en lo más profundo de su ser que aún está viva.

Año 467 a. C.

(...) Y otra vez lo veo venir desde lejos con su trotecito curioso, siempre al mismo tiempo, todo en él es así. Lo hace cuando mueve los pies simultáneamente con la cabeza, cuando coloca su pie derecho en la piedra caliente —claro, dependiendo de la hora— la baja un poquito, pero la mueve a la derecha como disimulando, coloca el pie izquierdo, brevísimamente mira al frente y así continúa hasta que el extenso jardín va terminando.

Los árboles que lo flanquean, ya no le permiten ver la colosal fachada del palacio aún más colosal que el envidioso jardín que le precede, a pesar de todo su esplendor. El viento le refresca un poco el cuerpo y trae a mí, descortés, el olorcillo sospechoso que emana, en otras ocasiones no huele tan mal, especialmente después de la lluvia.

—¡Ahhh, se me perdió! Ya volverá, él siempre vuelve. ¡Me intriga tanto! Es tan preciso en todo, bueno, en casi todo. Me gustaría ir tras él, pero no me lo permiten. Me asignaron aquí y más me vale no moverme. Pero..., no..., ah, ya vuelve, no tardó, si se acercara un poco..., puede ser, ahora va a girar su cabeza.

—Agggg... ¿Qué hace? ¡Puerco!

Humedece su mano derecha con saliva y la coloca en la planta del pie izquierdo, está muy caliente, rapidito hace lo mismo con la otra. Unos caballos tiran un carruaje, vienen de las caballerizas más cercanas.

—Tengo que acomodarme y erguirme como es debido.

—¡Hey! ¡Hey avanza! ¡Si los guardias te ven por aquí, seguro que te azotan! ¡Ay de mí! ¿Por qué tienen que soltar su boñiga, justo frente cuando pasan por aquí? ¡Agggg! y ese vaho caliente... ¿Dónde estás? ¿Dónde? Ah... ¿Te metiste en el jardín? ¡Mi madre! ¿Dónde estás? Ah, ya te veo bribón, más vale que no salgas de ahí, espera, espera que pasen de largo, sí...espera... ¡Ufff! ¡Cómo me hace sufrir este muchacho!

—Chiquillo, por más que crezcas nunca vas a pesar ni la mitad del traje que hoy lleva puesto tu rey y el mío. Cuando pasas cerca de mí, puedo contar tus vértebras y cada una de ellas me duele como si me aplastaran un dedo en un yunque.

—¡Estás tan delgado y tan solo! ¡Cómo me gustaría conversar contigo! Pero no puedo. Estoy aquí solo para mirar y lo que veo, aunque hermoso, más bien fastuoso, no me gusta porque ahí dentro, en ese lugar donde tu mirada llega sistemática... No, esa palabra no la puedo usar todavía, anacronismo dicen, mejor uso..., rigurosa. Bueno... ¿Dónde iba? Sí, que rigurosa llega tu mirada a ese lugar lleno de belleza y bribones magníficamente vestidos y sobrealimentados.

—Y allá van tus huesitos cubiertos con harapos. ¿De dónde sacas esa ropa? ¡Me intrigas tanto! Te lo aseguro, cuando llegue mi descanso voy a seguirte, seguro que te sigo. Ya lo verás.

El sol está a punto de ocultarse, más le vale, porque la noche —siempre tan pesada— lo empuja y él, que le hace resistencia, se pone tan colorado que de rabia cambia de colores..., anaranjado, rosado, amarillo..., y se va mezclando con un poquito de negro azuloso.

—¡Me gusta esa hora, la hora del enojo, la hora en la que siempre pierdes! ¿Para qué te resistes? ¡Mira que eres bobo! Pero sigue

así de bobo porque tu bobería es para mí y para los sensibles que habitamos esta tierra un verdadero deleite.

Ya te veo amiguita fiel de la noche con tu vestido blanco. ¡A trabajar zángana que yo ya casi me voy! Una cosita antes de irme... Cuídamelo, alumbrá su camino que por ahí debe andar, muéstrale los peligros que a esa criatura tan desvalida y sola, estos, le deben sobrar. Quiero verlo pasar mañana por aquí. ¡Cuídamelo, te lo encargo!

El bobo que desplaza diariamente lo trata con rigor..., rigor..., rigor... ¿Rigor y riguroso no es lo mismo? ¿No? No importa, desde hoy lo voy a llamar así: Rigoroso, hmmm... Riguroso..., no..., mejor Rigorvoh, así, sin apellido, porque visto lo visto, seguro que no tiene.

El aroma de los arrayanes le invita a asomarse a la pequeña pero mejor ubicada ventana del palacio. Bueno, dependiendo de lo que se quiera mirar en el exterior y para él, lo que ve, siempre le gusta.

Los árboles fueron su fascinación y muy especialmente los de copa alta como esos que tiene en frente. La visibilidad que tiene de ellos le reconforta todos los días de sus muchos largos e interminables días. Y tan monótonos, la mayor parte del año.

Como siempre, cuando se asoma a la ventana, a una considerable distancia, puede ver a los guardias, no los distingue claramente, pero por la forma en la que se mueven en sus breves desplazamientos frente al palacio casi puede decir que puede diferenciarlos.

Pero hay uno en especial, ese que parece estar en alerta cuando un chiquito aparece en el extremo de la explanada donde se levantan los jardines que rodean el palacio. Se siente observado por él y el guardia sabe que también es observado.

Se han compenetrado sin hablarse, sin conocerse, sin saber el origen de uno o del otro. Solo tienen un elemento en común o más bien son dos: Le sirven al rey y un chiquito hace parte de sus vidas, pero aquel no lo sabe.

Los frescos arrayanes traen su magnífico olor... y la nostalgia... y el desencanto que le producen estar en ese lugar, que aunque magnífico, no es lo suyo. Tiene que aceptarlo, ha pasado largos años de su vida desempeñando una labor extraña, pero común en esos tiempos: Es un eunuco, eso dicen, es un varón incompleto reducido al estatus inferior de una mujer.

Sin embargo al servicio de mujeres se encuentra desde hace un tiempo, no puede estar peor. Además, por razón de la costumbre, y mucha evidencia, por estos lados, muchos piensan que es un afeeminado y como tal lo tratan.

Se aparta de la ventana de manera tan repentina como se asomó y como es tiempo seco, la deja abierta. Necesita el suave olor de las flores que abundan en el jardín y muy especialmente los trinos de los pájaros. Eso lo conecta con su tierra, su verdadera tierra.

Es hora de iniciar sus labores, las que ha aprendido a fuerza de doblegar su orgullo, mucha sensatez y sentido común, que para estar por aquí, es lo que más se necesita, si no se quiere perder la cordura.

Hay mucho ajetreo en las caballerizas, en las cocinas, los salones —que son muchos— los talleres, los extensos jardines, los campos donde los hombres van y vienen muy atareados, no más que las mujeres.

Las gentes de servicio en palacio parecen mercenarios porque proceden de distintísimos lugares, hablan en muchas lenguas, poseen culturas diversas, adoran a distintos dioses. Y por todo ello, no faltan los conflictos, leves algunos, enconados —no pocos— y feroces unos cuantos, que eventualmente han terminado en crimen.

De igual modo, secretos circulan por todos los rincones, secretitos de cocina, pequeñas faltas, encuentros furtivos entre unos y otros o entre otros y otros; traiciones y mentiras menores, otras inconfesables, alguna que otra sepultada bajo grandes cantidades de otras mentiras.

Pero esas son sus vidas, así transcurren, tan ajetreados, tan en contacto, pero al mismo tiempo tan aislados, tan sumergidos en so-

ledades que arrancan lágrimas en las oscuras noches o arrebatadas rápido de sus rostros antes que se deslicen, antes que lo sorprendan , porque ante el rey hay que estar de buen ver y de mejor rostro.

Los baldosines de los múltiples corredores hacen el eco a su dolor... Todos quieren volver a sus tierras o casi todos. La mayoría darían sus vidas por volver a esa casa donde están sus verdaderos amores. El palacio y toda su cotidianidad a algunos les hiela el alma, a otros, les hace insensibles o perversos, a unos pocos, los vuelve tan sensibles, que les duele casi cada cosa que sucede en este lugar.

En cada satrapía desde la India hasta Etiopía se reciben mensajes invitando a celebrar.

«En el tercer año de su reinado hizo banquete a todos sus príncipes y cortesanos, teniendo delante de él a los más poderosos de Persia y de Media gobernadores y príncipes de provincia (...).»¹

Y ahí vuelven los innumerables invitados de todo el reino al banquete con todo el séquito de hombres dispuestos a saciar sus deseos. Llegan tan lentamente que casi no se percibe, pero a medida que van siendo instalados, en las cocinas se apretujan actividades y vapores de centenares de platos que van en aumento y complejidad con el transcurso de los días.

No hay descanso para la mayoría. La diversión es patrimonio de aquellos venidos de distintísimos lugares: Asiria, India, Partia, Armenia, Capadocia, Aracosia, Drangiana, Babilonia y otros muchos pertenecientes al reino de Asuero.

Hombres de distinta procedencia pero con casi la misma autoridad, casi los mismos dominios diferenciados por la producción de sus tierras o por sus gentes y sus climas..., es casi el mismo poder y especialmente los mismos vicios que vienen a derramar sin vergüenza alguna en las opíparas fiestas que Asuero les prepara.

Hermosas mujeres chipriotas, cilicias, indianas o macedonias

1. A.T. Ester cap. 1,5.

vienen con el equipaje de algunos y completan sus deleites y excesos. Las mujeres de la corte les hacen gala, no así la reina y sus mujeres que aparte están y aparte permanecerán.

—Ciento ochenta días de celebraciones... ¡No sé si pueda soportarlo!

Grandes festividades suelen celebrarse en Persia. El reino de Asuero o Jerjes I, ha alcanzado enorme extensión. Susa, repleta de personajes, se convulsiona con cada hora que pasa. Lo mejor del imperio está a su disposición, de sus lejanas tierras han traído lo mejor .Y lo peor también.

—¡Seis meses! Es la insistente queja de Cómodo, eunuco como otros tantos y mano derecha de Hegai, eunuco principal. Siente desfallecer. El trabajo exigido por la corte le sobrepasa, las horas de sueño se acortan y al mismo tiempo se alargan las que deben estar disponibles para la corte y sus centenares de invitados.

—¡Seis meses! —rezonga, nuevamente.

—¡Cálmate!

—Sí, tengo que calmarme, pero son tan seguidos estos banquetes, un festejo se empuja con el otro...Y nosotros, Roxana... ¿Cuándo vamos a descansar?

—Y no son las actividades principales..., encomiéndate a tú dios.

—Quiero huir.

—Ni se te ocurra...

La mira largamente. Es sencillamente hermosa..., bueno, a su juicio. Agacha la cabeza y titubea.

—No por ahora.

Los múltiples sonidos que vienen del exterior le agujonean la curiosidad, se acerca a la estrecha ventana. Sin ver lo que ocurre afuera Roxana le anticipa.

—Carruajes con más invitados y provisiones. Desde aquí se siente el olor a vino... Seguro vienen cargamentos de mi tierra.

—Y de la mía... Pero dejémonos de nostalgias que hay mucho trabajo.

Cómodo le sonrío, cada día que transcurre mejora el manejo del idioma que sus circunstancias le han impuesto.

—¿Ya no lo hablas corasmio?

—Lo hablo conmigo misma, parezco una demente, pero solo cuando estoy sola.

Caminan por el pasillo que conecta sus habitaciones con espacios más concurridos. Justo ahí, como sincronizados, baja el brazo, Roxana se aparta un poco y continúan unos pasos más adelante. Con un brevísimo movimiento se dicen adiós hasta que en la noche, más bien entrada la madrugada, puedan volverse a ver.

Tras una gruesa columna una mujer les observa.

—Lo sabía, siempre descansan juntos.

Sin que nadie lo note, cruza sigilosamente el patio empedrado perdiéndose entre los salones levemente iluminados.

El velo del cortinaje se levanta dando paso a un airecillo caliente y molesto. El sudor corre por su grueso cuello, le incomoda, despierta repentinamente. Sus ojos se clavan en el techo artesonado y un poco deslucido para su gusto. El vientre abultado le aplasta al lecho abullonado y caliente, las ricas colchas de seda de la India le hacen resbalar lentamente hacia el suelo.

Eso le parece molesto pero siempre olvida pedir cubre-lechos de un material distinto. Un acceso de tos le hace cambiar de posición y cuando este cede, se incorpora. Tras él, como una más de las columnas, un hombre espera órdenes.

—¡Venga!

El eunuco se para frente a él inclinándose ostentosamente. El gordo lo mira con desprecio, se seca el sudor del cuello, su rostro enrojecido y mofetudo refleja el disgusto que le producen esa clase de... individuos.

—¡Agua!

Cómodo le trae una jarra. No le mira a los ojos, nunca lo hace con aquellos de quienes presiente su desprecio.

—¡Ayúdeme!

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

El gordo le mira incrédulo. Un momento después asiente.
—Viene usted de...
—¿Macedonia, no lo ve?
— Por eso me asignaron a su servicio pero quería comprobarlo señor...

—¿Y?
—Es mi tierra, procedo de una pequeña población a orillas del Vardar.

El gordo tose inquieto, hay en él un poco de interés que se esfuerza por disimular.

—Mi padre se dedicaba a la ganadería, perdóneme usted, pero siento un poco de alegría al hablar de mi tierra.

El hombre se levanta, Cómodo le coloca la capa azabache con adornos amarillos que le cubren hasta los tobillos.

—¿Viven sus padres?

El tono del hombre se ha suavizado un poco.

—No hay cosa en este mundo que desee tanto como eso, que mis padres y mi mujer estén vivos.

—¿Mujer? El hombre se vuelve rápido.

—Estaba encinta, yo en el ejército...

—Entonces le...

—Cómodo baja la cabeza asintiendo.

—Por eso está aquí —lo dice en tono bajo y conciliador...

—Gracias por su servicio.

Le sonrío y se dirige al exterior. En los jardines hay ya muchos visitantes tomando aire fresco, rodeados de sirvientes que les colman de atenciones.

Cómodo desciende por las escalinatas, no sabe por qué, pero siente que ha renacido, acomoda su traje, se dirige a la cocina y en ella se pierde.

La música invade todo el lugar, las caballerizas no dan abasto, ni las alacenas, que tardan más en ser llenadas que estar vacías de nuevo.

Las cortesanas embadurnadas de afeites y recargadas de adornos, chalinas, anillos, joyeles de narices, pendientes y brazaletes y

muchos perfumes aromáticos, sirven a los señores cuanto capricho solicitan.

Algunos de ellos, por respeto, se contienen para horas y momentos más adecuados. Pero no faltan quienes suben a sus habitaciones y regresan después con total desparpajo. La noche cae y el entusiasmo se levanta, el licor rueda de mesa en mesa en copas de oro asignadas especialmente para cada invitado.

Asuero aún descansa, está solo, nadie le interrumpe. En sus habitaciones le preparan un baño tibio y perfumado, su magnífico traje y sus muchos adornos. El perfume que usará es lo que más tiempo demanda porque la variedad es infinita, además suele cambiar de aroma.

El viento sopla hacia sus ventanas, el olor que despiden los arrayanes le refrescan un poco, le traen recuerdos a su mente inconsciente por ahora. Suspira, se estremece un poco y despierta.

CAPÍTULO DOS

PALACIO DE LA REINA VASTI

A su servicio está lo más granado de las mujeres y de los eunucos, muchos, por estos tiempos de festividad. La reina harta de tanto trajín se va a sus habitaciones temprano. Las mujeres descansan mientras conversan siendo exquisitamente atendidas por otras jóvenes mujeres procedentes de todo el reino y por hombres delicados que las divierten.

Las joyas que portan sumadas, pueden comprar el resto del mundo conocido si estuviera a la venta. La zalamería abunda. El griterío y el chismecito casual, la vulgaridad, aunque no frente la reina, hacen parte del jolgorio. Comida y bebida, en menor cantidad que la de los hombres, aunque en exceso, para el particular caso, estando ahí mujeres que quieren que sus trajes hechos a la medida sigan a la medida.

La voluptuosidad de las formas y el desparpajo de algunas, adorna el lugar ya cargado de adornos. Es el resumen de la opulencia y la falta de ocupación, es el resumen de una vida sin preocupaciones y especialmente con poquísimos escrúpulos.

A pesar de la distancia que las separa, a pesar de los gruesos muros de palacio, a pesar del bullicio generado por las mujeres, se puede escuchar la barahúnda que los hombres forman en el palacio. Algunas, sospechando desmanes se asoman a las ventanas tratando de adivinar donde hay algún movimiento extraño.

Pero la distancia, las sombras y la frondosidad de los muchos árboles y especialmente de la complicidad de los arrayanes, hoy dispuestos a ocultar las vergonzosas hazañas sexuales de esos, en su mayoría gordos, muy gordos sátrapas y príncipes del reino.

Cansadas de licores y risas las mujeres se van a sus habitaciones, afuera, en los jardines, guardias, eunucos y sirvientes se ocupan de organizar las actividades del siguiente día. La noche ha cedido espacio al día y este no parece haber empezado bien. Nubes enormes se ciernen sobre casi todo el territorio ocupado por Susa.

Los campesinos van al campo sin quitar un momento sus ojos del firmamento, en las calles corren los habitantes a guarecerse de una tormenta que amenaza ser de consideración. En palacio duermen los hombres, más por el alcohol que por el cansancio. Las quietas caballerizas descansan por ahora, la partida de caza se posterga para mejores y saludables momentos.

Cómodo levantado desde las cinco de la mañana, revuelve un líquido caliente con una cucharilla, está absorto, perdido. Tiene la sensación de haberse perdido entre ollas enormes, vasos, copas y copones; desorden y ratas que pasean ágiles y erráticas de un lugar a otro sin temor de ser atacadas.

Sí, esa cocina no le aplasta los sentimientos, los deseos de volver a su patria, ver a sus padres, a su amada Kassia y a su hijito, el cual no sabe si nació, si es hombre o mujer, si es sano o uno más de los muchos niños enfermos que hay en su tierra y en las otras.

—¿Cómo lo habrá llamado? ¿Cómodo como su padre? ¿O Barlaam o Armen? Si fuese hombre, porque seguro que lo es...

Sonríe, su boca adquiere un rictus mezcla de ilusión y de amargura. De un tirón termina la bebida y se levanta ocasionando una desbandada de cucarachas y ratones. El suelo chirría al paso de ese hombre alto y corpulento, la puerta se abre de repente antes de que él llegue a ella.

—Cuando lo veré, oh..., mi niño.

—*Pobre hombre...*

Los olores de las caballerizas actúan en él como un calmante, los aspira, los ama mucho. Nació entre esos animales, hizo su primer viaje en un carro tirado por ellos, creció entre ellos, fueron su vida y lo son ahora. No sabe hacer otra cosa, lo procura cada día con un trabajo diligente para poder disfrutar de la única cosa que disfruta.

Ya casi es un anciano o ya lo es según se vea. Ya no monta con la holgura de los más jóvenes, pero ninguno por aquí lo hace tranquilo en su presencia, todos han recibido su instrucción y sus amorosos consejos, todos menos uno.

—¿Puedo?

—Pasa, te esperaba.

SEIS MESES DESPUÉS/ SIETE DÍAS MÁS

«Y cumplidos esos días hizo el rey otro banquete por siete días (...).»²

Esos siete días inician su intensa labor sin que hayan concluido las del día anterior. Algunos personajes ya están organizando el regreso a sus satrapías, otros, unos pocos, ya han salido y se espera que para próximos días, aquellos que viven en lugares más cercanos a Susa puedan estar dejando la ciudad y el palacio. La servidumbre está al máximo de trabajo, no pueden más.

Relucientes copas y vasos de oro se asignaron para cada invitado y mucho vino real. En el palacio de la reina hay el mismo despliegue y atenciones.

«El pabellón principal, donde toda la comitiva de sátrapas de ha acomodado reluce de blanco, verde y azul, se ha tendido sobre cuerdas de lino y púrpura en anillos de plata y columnas de mármol (...).»³ La bebida corre, de estómagos satisfechos, pasan a ahítos, cada uno hace lo que

2. Ibid, 1,6.

3. Ibid, 1, 10.

mejor le parece y disfruta de todos los actos que para ellos se han preparado. La música entonada e interpretada sin descanso hace el marco perfecto a beneplácito del rey.

A pesar del ajetreo o precisamente por él, el jefe de cocineros se oculta de vez en cuando en las bodegas, cierra los ojos, levanta las piernas, las que coloca sobre algún bulto de cereales u hortalizas y duerme por unos minutos. Lo que no sabe, que se le ha escapado por obvias razones, es que en la oscuridad, otros están haciendo lo mismo, ancianos principalmente y mujeres embarazadas.

Es un secreto a voces, es una especie de solidaridad compartida, porque de ese refugio se benefician todos, especialmente en épocas de fiesta y estas, como todo el reino lo sabe y el resto del mundo conocido, duran seis meses y más.

Pero otros hacen un uso distinto. No son muchos pero sí los suficientes como para que de esas prácticas surjan conflictos, aunque, algunas veces, sea a largo plazo.

—¡Gaspar! ¡Gaspar! ¿Estás aquí?

Un relincho lejano es la única respuesta. La mujer escudriña entre bultos de granos, vasijas y víveres. Se mueve lentamente por temor a tumbar objetos que pueden caer sobre ella o alertar a los guardias asignados a las cocinas.

Tantea y al encontrar un lugar seguro, se sienta, descansa un poco. Pero un ruidito le asusta.

—¿Estás aquí? ¿Gaspar?

Unos brazos recios la toman en vilo, ella no reacciona, se deja envolver, se entrega a un breve pero placentero momento. No es un hombre apuesto, pero su recio carácter, la seguridad que emana hasta en los más pequeños movimientos, la profundidad de su mirada a pesar de su poco agraciado rostro, y su voz le hacen muy atractivo. Este es uno de esos momentos en los que capitaliza sus virtudes físicas.

Afuera, el vapor acalora a las mujeres y los jóvenes que apresurados preparan el banquete de medio día. Los invitados, aunque han disminuido, aún conservan el apetito y los malos modales. Ca-

rretas entran en sucesivo orden con todo tipo de alimentos procedentes de tan distintos lugares como invitados hay en palacio.

Las mujeres no tardan en mirarse unas a otras, les faltan manos, les sobra trabajo, la ausencia de algunos es muy notoria. Con disimulo, Gaspar vuelve a sus labores. Un rato después, la mujer entra con un cubo de agua.

Unas mujeres sonríen, otras se encienden en ira, pero nadie dice nada. Hace parte de la cotidianidad de este lugar.

Tras un bulto de sábanas y elegantes cobertores se balancea una de las muchas sirvientas asignadas a las habitaciones de los invitados, apenas si puede sacar la cabeza para evitar tropezar o caer por alguna de las muchas escalinatas que conectan pasillos y los distintos niveles.

Las enormes habitaciones de los sátrapas de Sogdiana, Bactriana, Aracosia y Drangiana, han sido asignadas al ala oriental. Todas están dotadas de cuanta riqueza posee el reino persa, demandan tanta atención, que para su cuidado hay una treintena de mujeres y hombres jóvenes y bien dispuestos a toda labor que se les encargue.

Por la puerta entran unos tambaleantes arrumes de sábanas, la mujer conocedora del lugar, camina confiada hacia el sitio donde debe depositarlas sin tener ya el cuidado que por los pasillos traía.

Y sin poder evitarlo, estas se desploman junto con ella, que tirada en el suelo no logra comprender lo sucedido. Un hombre, semidesnudo se le ha puesto de frente buscando hacerla caer. La mujer sobresaltada intenta incorporarse pero antes de que pueda conseguirlo el hombre abre su bata y se abalanza sobre ella.

—¡No! ¡No!

No se atreve a levantar la voz, solo retrocede empujándose con los pies. Su cuerpo choca contra la base de una peña de mármol, el líquido contenido en un enorme jarrón se desparrama sobre su

cabeza unos segundos antes que la vasija, y las flores que contenía. Pierde el sentido.

Sobre un charco sanguinolento la mujer recobra el sentido. La habitación está desordenada, nadie ha entrado y si lo hizo, no le prestó ayuda. Intenta levantarse, aparta algunas flores de su cuerpo, le duele intensamente la cabeza.

Temblando observa espantada el coágulo que se esparce por la mano izquierda. Afuera la música y el cotidiano griterío dan inicio a un nuevo y alegre día para los distinguidos invitados de su Majestad.

La música procedente de distintas regiones del reino alegra a los invitados y les permite, bajo su complicidad decir cosas con alguna libertad. Asuero se inclina, un lacayo le escucha intentando no perder ni una sola de sus palabras. Enterado, entre mesas, invitados, corredores y jardines busca a los eunucos.

Un poco más tarde, siete caballos galopan sobre una verde explanada hacia la fortaleza que se levanta protegiendo el palacio de la reina, donde se lleva a cabo otra fiesta, lo mismo de bulliciosa pero un poco diferente. Se les lleva rápido a la presencia de la Reina Vasti, ella les escucha atenta y sin mediar palabra se enciende en ira.

Las mujeres que le acompañan, la guardia, los siervos y su madre, muy asombrados, no encuentran la razón para tanto enojo. Tan rápido como habían salido con el temor metido en sus cuerpos, Mehuman, Bizta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar y Carcas están de regreso frente al Asuero.⁴

Bizta se adelanta, se inclina hacia él temblando.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está la reina?

—Se niega a venir, Majestad.

Bizta mueve la cabeza para reafirmar la negativa, más bien parece una súplica por su vida.

La capa gira hacia la izquierda botando de la mesa copas y vasos de oro. Tamboriles y flautas cesan su música. Los sátrapas que

4. Ibid, 1,10.

le acompañan en la mesa se levantan apartándose discretos pero interesados en saber la causa de su ira.

Los chillidos de los monos, divertimento de los invitados, asustan y electrizan el ambiente. Surgen preguntas en voz baja, disimulos y no pocos temores porque de estos arrebatos no se sabe su consecuencia. El rey resopla, levanta las manos, las baja y vuelve a levantarlas. Ha perdido las formas.

—¡Se niega a venir! ¡La Reina Vasti se niega a presentarse ante mí!

Un rumor se levanta entre todos los presentes. Furioso como nunca antes lo había estado se retira a sus aposentos. En las cocinas hay más confusión, los comentarios sobran, se agolpan las mujeres y los eunucos para hacer lo que mejor hacen: hablar.

—La reina es buena persona y acata a su señor, siempre le obedece —dice Ramela, la cocinera indiana.

—Qué raro, ella siempre se somete a su voluntad, nunca había mostrado rebeldía —comenta Irene—. ¿Qué le pidió a la reina?

—¡A trabajar! —grita Gaspar entrando a la cocina.

Todos vuelven a sus deberes.

—Ella es muy orgullosa.

—¡A callar, Várvare! ¡A callar!

—Irene se arranca a llorar, llanto que es seguido por todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos.

—Le puede costar la vida...

—Callen, por favor.

La voz de Gaspar suena atemorizada.

PALACIO DE LA REINA VASTI

La Reina Madre llora porque la marcha de esos hombres sin su hija, le partieron el corazón. Es el peor día de su vida y malos días ha tenido, no pocos. Vasti no sabe qué decirle, ya lo ha dicho todo, pero su madre no se consuela y mucho menos la comprende.

—Estaba borracho, mamá —es lo único que le queda como argumento porque ya se los ha expuesto todos.

El banquete diario y las actividades para divertir a las mujeres se suspenden, los trajes quedan en los baúles, el silencio se impone en los pasillos y los jardines están vacíos. Las princesas más jóvenes se reúnen en uno de los salones.

—Las mujeres no deben exponerse en banquetes públicos, su Majestad lo sabe.

—Está muy borracho Zepure, muy borracho... Perdió las formas..., sí, perdió las formas.

—Ah..., por eso la reina no fue, ella no puede aparecer...

—Sí, además quería que esos hombres la vieran...

—Es que es muy hermosa, quería mostrarla...

Nayemi, se levanta, se planta frente a ellas y empieza a contonearse.

—Quería que mostrara sus encantos, como si fuera una bestia en feria.

Las princesas se ahogan de risa.

—¡Insensibles! ¡Esa desobediencia le puede costar la vida!

Las princesas callan, la mujer que viene hacia ellas las reprende con tanta severidad que terminan llorando.

—Lo sentimos, Nadwa, lo sentimos...

—¿No lo comprenden? ¡La falta es muy grave, la vida de la Reina Vasti está en las manos de Asuero! ¡Ya puede tener sentencia de muerte sobre su cabeza!

—¡Los dioses no lo permitan! —gime Nayemi avergonzada.

En el enorme salón adornado ricamente, están dispuestas copas, licores y algunos entremeses. Con el rigor que exige la ley y las costumbres, se presentan Carsena, Setar, Admata, Tarsis, Meres, Marsena y Memucán, príncipes de Persia y Media.⁵ Un eunuco y dos sirvientas les sirven.

Asuero camina hacia su trono, se sienta con toda su pompa sobre su pomposo trono. Su atronadora voz asusta al eunuco.

—Les he convocado para pedir consejo.

5. Ibid 1, 14.

Los hombres se miran, no atinan el motivo.
—¿Lo han olvidado? El desplante de la Reina Vasti, por eso están aquí.

El eunuco gime, agacha la cabeza las mujeres le miran severas.

—¿No cesa su ira, Señor?

—No, Setar, ni en el reino..., mis súbditos reclaman un castigo.

—«Pues, no solamente contra el rey ha pecado la Reina Vasti, sino contra todos los príncipes y contra todos los pueblos que hay en todas las provincias del Rey Asuero».⁶

—Puedo dejarlo pasar, el perdón es una manera de mostrar mi benevolencia.

—Majestad, estos hechos pueden llegar a oídos de las señoras.

—Ya han llegado —replica Marsena.

—Pero no a todo el reino— insiste Memucán—, el imperio es extenso. ¡Viva El Rey!

—Por el mal ejemplo de la reina, ellas pueden creer que le pueden tener en poca estima a sus maridos.

—Tarsis, ¿qué opinas?

—Mi Señor, la reina no actuó bien, aparentemente...

—Explíquese.

—Ella sabe, como todas las mujeres, como la mía, que no se deben presentar en público... y que se le solicitó para, perdone usted majestad, para presentarse a un grupo de hombres.

—Borrachos... —dice en voz tenue y chillona el eunuco que en cuanto hace el comentario cae de rodillas, su espalda espera mil azotes, tiembla de pies a cabeza, gotas de lágrimas caen al suelo, las dos sirvientas se apartan atemorizadas.

—¡Dilo! ¡Hazlo!

—Es verdad, Majestad.

Tarsis inclina la cabeza.

Asuero se levanta del trono, camina hacia el ventanal. Frente al jardín un chiquillo camina curiosamente, mueve la cabeza, lo observa un instante y apresura el paso, se oculta entre los arrayanes.

6. Ibid 1, 16.

—Es malo para el Imperio Persa, mi Señor...

—¿Qué sugieren?

—¡*La muerte! ¡La muerte!* —grita y chilla un ser malévolo tras él.

—*La muerte* —sentencia Carsena hasta ahora silencioso.

—¡*No lo permitas!*

—¡No! ¡No! —casi grita Memucán mirando furioso a Carsena.

—¡Levántate!

El eunuco corre a un extremo del salón. Las mujeres se acercan y escancian más vino.

—¿Entonces?

—*Si parece bien al Rey, salga un decreto real de vuestra majestad y se escriba entre las leyes de Persia y Media para que no sea quebrantada: Que Vasti no venga más delante del Rey Asuero y que haga reina a otra que sea mejor que ella.*⁷

Hace una pausa aprovechada por el rey para suspirar tan profundo que parece que le doliera el pecho. Se pone las manos sobre la boca ocultando un poco su nariz.

Memucán continúa...

—*Y el decreto que dicte el Rey será oído en todo el reino, aunque es grande y todas las mujeres darán honra a sus maridos, desde el mayor hasta el menor.*⁸

—Pero no debe quedarse sin una esposa oficial... Otra reina, insiste...

Memucán insiste.

—Además...

—¿Quiere más el Consejero?

—*Disculpe Majestad pero aconsejo que se convoque a otras mujeres del reino a presentarse al rey, que sean jóvenes, vírgenes..., y de buen parecer*⁹

—Sea pues, que se elabore el edicto.

Asuero abandona el trono, se pierde entre pasillos.

7. Ibid, 1, 19.

8. Ibid, 1, 19.

9. Ibid, 2, 12.